

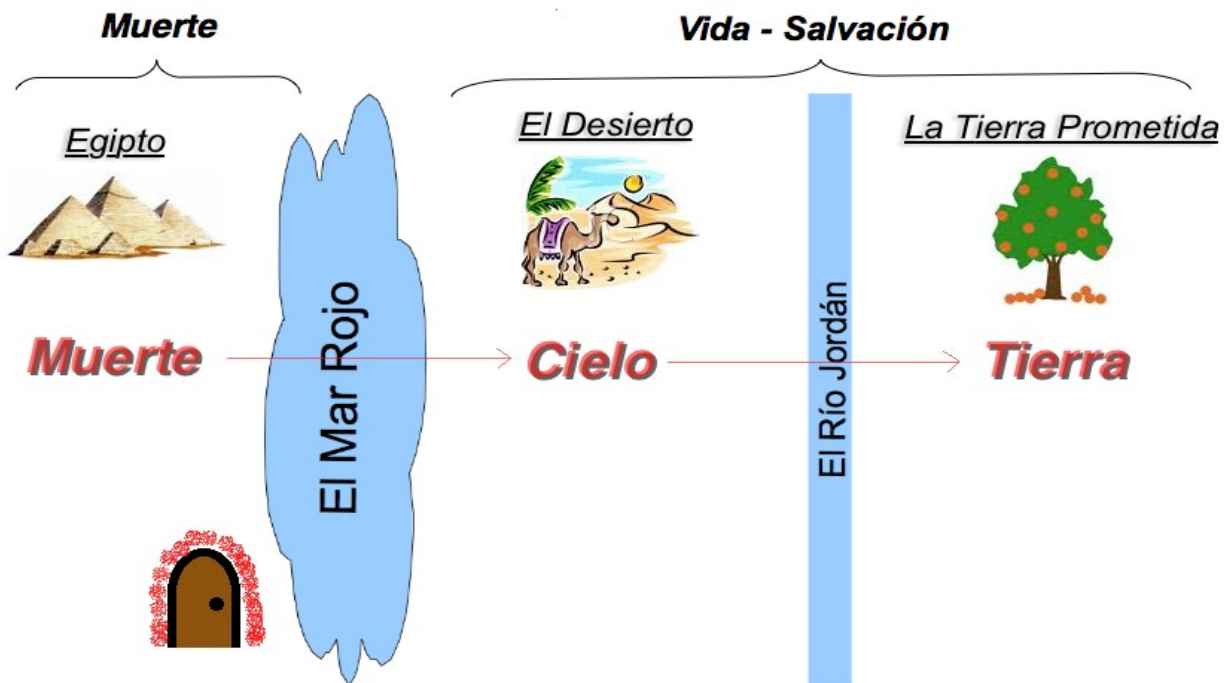
Jason Henderson
Zoe Costa Rica
100509

EL ORDEN DE LA COMPRESIÓN DE LA SALVACIÓN I

INTRODUCCION

Vamos a seguir utilizando el mismo diagrama de estos últimos domingos. Egipto, la puerta con sangre, el Mar Rojo, el desierto, la tierra prometida.

DIAGRAMA



Cuando hablamos del éxodo de Egipto, hablamos de un cuadro de nuestra salvación, y las próximas semanas hablaré del orden en que tenemos que comprenderla. No estoy hablando de "siete pasos para conocer a Jesús", o de "cómo subir la escalera de la salvación"; estoy hablando de un orden, de cómo se muestra Él a nuestra alma. Déjenme darles un ejemplo muy natural: Su maestra de matemáticas no inició con cálculo, antes de eso, usted tenía que entender el fundamento de las matemáticas. Es lo mismo, Dios nos ha dado a Cristo y desea mostrarnos todo lo que es Él, pero si no hemos visto el juicio de Dios, no podremos comprender el amor, la gracia, la verdad...de Dios que están en Cristo.

Déjenme comenzar con un par de frases acerca de lo que es conocer al Señor, porque de eso es de lo que estamos hablando, de conocer al Señor de acuerdo al orden en el que Él se revela a Sí mismo.

Mucha gente cree que conocer al Señor empieza cuando Dios les enseña algo acerca de Jesús; yo lo creí por años, pero he encontrado que conocer al Señor realmente comienza, cuando Dios nos enseña algo acerca de conocer. El fundamento de nuestro problema no es en primer término, que no conozcamos al Señor, sino que no sabemos cómo conocer al Señor. En otras palabras, el problema es más profundo de lo que creemos, porque nuestro fracaso en conocer realmente a Cristo no es por falta de información, sino por no saber qué significa conocer al Señor.

¿Cómo conocemos al Señor? No por medio de nuestras mentes al escuchar cosas acerca de Dios, sino por medio de la mente de Dios que está siendo formada en nuestras almas. Dios no está tratando de corregir nuestra comprensión de Él, está tratando de formar en nuestras almas Su comprensión de Sí mismo. Él no está tratando de enseñarnos hechos cristianos o lecciones de vida, está tratando de que lo conozcamos y por eso hace brillar Su luz en nuestras almas, así cuando veamos en Su luz veremos lo que Él ve. Dios nos lleva a Su perspectiva de Sí mismo para que conozcamos la verdad. Vemos en Él de acuerdo a Su luz y participamos de Su entendimiento. Él no nos da un pedacito de información o entendimiento, nos lleva a Sí mismo y revela Su perspectiva en nuestras almas.

Entonces, conocer al Señor no es cambiar ideas o creencias, ni aprender versículos sobre la verdad y aplicarlos a nosotros mismo. Podemos hacer todas esas cosas y nunca conocer la verdad. Pablo dijo: *"...siempre están aprendiendo, y nunca pueden llegar al conocimiento de la verdad"*; porque conocemos la verdad cuando compartimos Su vida, cuando experimentamos la naturaleza de Él, la comprensión de Él, la perspectiva de Él, para que lo que es real para Él y en Él, se torne real en nosotros.

Todo aquel que ha nacido de nuevo tiene la plenitud del Espíritu de Dios. Él nunca da un pedacito de Su Hijo, da al Hijo completo. No obstante, podemos ir toda nuestra vida a la iglesia y permanecer totalmente inconscientes de la vida de Cristo. Pero existe esta realidad llamada "conocer al Señor", donde nos volvemos conscientes de lo que Dios nos ha dado, y lo que Dios nos ha dado es la vida de Jesucristo.

Yo me escucho a mí mismo diciendo estas cosas y temo que sólo sean palabras para nosotros. No puedo cambiar eso en mí, ni en ustedes, pero puedo prevenirlos de que tengan cuidado de no familiarizarse demasiado con palabras verdaderas. Si tan pronto usted lee un versículo de la Biblia y le viene un pensamiento que le dice algo así: "Yo ya conozco esto", o "yo recuerdo cuando aprendí eso", usted está en un lugar muy peligroso. Tengan cuidado con las palabras que vienen de Dios, porque las palabras que vienen de Dios no son palabras. Jesús dijo: *"Las palabras que yo les hablo son espíritu y son verdad"*, y si no experimentamos ese espíritu y esa verdad, no hemos escuchado Sus palabras. No importa cuántas veces las hayamos leído o si las hemos memorizado.

Conocer a Cristo es ese proceso que sucede en nosotros; las Escrituras lo llaman "la renovación de la mente" o "la revelación de Cristo". Sucede cuando nuestra alma se familiariza y es confrontada y moldeada por la vida de Jesucristo en nosotros, por ese motivo sólo hay una manera de conocer a Cristo. La gente muy a menudo dice que hay muchas maneras de conocer al Señor, pero eso no es verdad. Dios sólo tiene una manera de mostrarle a Su Hijo, y esa manera es, la revelación de dicho Hijo en nosotros.

Cristo es conocido sólo cuando Su vida ocupa nuestras almas en una consciencia espiritual y somos llenos de Su luz; así es como crecemos. Cuando estamos dispuestos a llevar el decrecimiento, Dios tiene lugar en nosotros para revelar a Su Hijo. ¡Esto suena muy simple, pero no lo es! Es simple como concepto, pero no como experiencia, porque cuando empezamos a ver al Hijo, empezamos a comprender y a verlo en nosotros. No es que vayamos a tener una visión, sino que empezamos ver con los ojos de Él. En esa luz empezamos a ver algo increíble y perfecto. No estoy diciendo que Jesús nos ayuda a entender un versículo en particular, sino de verlo a Él, de ver la vida.

En esa luz vamos a ver dos cosas: Vamos a ver algo perfecto, algo vivo: Cristo; y vamos a ver algo que no pertenece a Cristo, vamos a ver algo que ha sido rechazado: Nosotros. Cada vez que veamos a Cristo, veremos una división; no podremos verlo a Él sin ver también lo que no es Él, entonces realmente estaremos viendo la cruz.

Cuando usted ve al Señor, algo de usted mismo es expuesto; alguna de sus imaginaciones es descubierta, su religión es destruida y su justicia mostrada como trapos de inmundicia. Cuando usted ve al Señor, ve la vida que Él le ha dado y ve que usted está tratando de interponerse. Cuando usted ve al Señor ve la distinción, la división entre Adán y Cristo y entre la carne y el espíritu. Esa luz tiene un efecto dramático en nuestra vida, si no nos está afectando es porque no la estamos viendo. Se podría decir de esta manera: Si esta división no ha confrontado nuestro corazón al punto de impactarlo, de sacudir nuestra vida y nuestro mundo, entonces hay carencia de luz en él. Ni ustedes ni yo podemos ver la luz de Cristo claramente, sin ser impactados y confrontados.

La división lo cambia todo, ¡y me refiero a todo! Esa división cambia la manera en que ustedes y yo lo vemos todo, la manera en que ustedes y yo vemos cada versículo de la Biblia, la manera en que ustedes y yo lo vemos todo en la tierra con nuestros ojos naturales. Destruye todo el mundo para nosotros y convierte nuestra luz en oscuridad y la oscuridad en luz. Es el fin de un mundo y el comienzo de otro, el final de una muy larga noche y el despertar de un sueño. Confronta, corta... no podemos pelear contra ella porque ya es real. Estamos viendo algo que ya es real, estamos parados frente al juicio establecido por Dios, estamos viendo la división entre lo vivo y lo muerto.

Nosotros somos lo muerto. Todo lo que somos por naturaleza, todo lo que hacemos y todo lo que pensamos, es parte del mundo y del hombre que Dios ha quitado. Por eso digo, que si no hemos sido cortados es porque no hemos visto a Cristo. Cada hombre y mujer que en los tipos y sombras vio a Dios, cayó como

muerto sobre su rostro. ¿Por qué creen que fue así? Porque estaban muertos. Así es con nosotros, apartados de Él estamos muertos en nuestros delitos y pecados.

Cuando los que han nacido de nuevo comienzan a ver al Señor empiezan a despertar en el lado derecho del Mar Rojo. Tenemos muchas ataduras que nos ligan con Egipto, pero estamos empezando a ver la realidad de esa vida desde Su punto de vista, desde la perspectiva de Dios. Vemos el juicio, el juicio que ha sido establecido en la cruz, el juicio que empieza a obrar en nosotros al venir la luz por ver a Cristo. Hasta que esa luz empiece a brillar en nosotros, espiritualmente hablando, no conoceremos la diferencia entre arriba y abajo, no conoceremos la diferencia entre el diablo y Cristo. En serio, a veces le atribuimos al diablo, la obra de Dios, y a veces le atribuimos a Dios, los murmullos del diablo. Así hicieron con Jesús, ¡recuerdan, lo llamaron el diablo y le dijeron que estaba endemoniado! Hasta que Cristo aparezca y empiece a brillar en nuestro corazón de acuerdo a Su entendimiento, no sólo no lo conoceremos, sino que no nos conoceremos a nosotros mismos.

Algunas veces la gente me pregunta: "¿Cómo sé si soy yo o es Jesús?"; porque siempre estoy hablando de esta división, siempre estoy hablando de "no yo, sino Cristo". Y está bien hacerse esa pregunta al principio, porque no conocemos la diferencia, pero esa pregunta empieza a desaparecer cuando comenzamos a ver en la luz. Como lo dije antes, cuando Él aparece, aparece algo perfecto y ajeno, y con ello la consciencia de eso que es tan diferente en naturaleza a nosotros. Hay un libro de T. Austin Sparks que dice: "Si el hombre apartado del dominio del Espíritu de Dios, en cualquier medida, aunque sea pequeña, se entromete en las cosas de Dios, ya sea en pensamiento, intelecto, razón, sentimientos, deseo, emoción, voluntad, determinación, posesión o lo que sea, el efecto será una medida proporcional de muerte, división, confusión y contradicción". A eso se le llama juicio.

Cuando yo hablo de juicio, no hablo de castigo; la Biblia no habla de castigo, habla de juicio. Y esto es lo primero que vemos en la luz, vemos que Cristo es una cosa y que nosotros somos otra. De repente, la cruz crece en nuestra consciencia y empezamos a entender más que nada, que no necesitamos arreglar el hombre natural, que necesitamos que lo primero sea quitado y lo Segundo establecido en nosotros.

El juicio viene primero, eso es lo primero que viene a nuestra perspectiva en la luz de Él. Su luz brilla en nosotros y vemos que no pertenecemos ahí. El usted que usted ha conocido, no pertenece a la luz que está viendo. Él aparece y usted ve en Él que Cristo es el todo y en todos, que Cristo es todo lo que es aceptable para Dios. Si usted está escuchando condenación, usted no está entendiendo. Yo no estoy diciendo que Dios nos desprecia, sino todo lo contrario, que Dios nos ama, porque Dios nos ama al abrir una puerta hacia Sí mismo, y esa puerta es un juicio, esa puerta tiene sangre.

Dios nos ama mediante una invitación a Su vida, pero esa invitación involucra un rechazo a todo lo que ha quedado corto de Su gloria. Dios no puede amarnos si no puede alcanzarnos, y Él no puede alcanzarnos en Egipto, en el lado izquierdo del Mar Rojo. Por lo tanto, Él nos ofrece un camino para entrar en Él, para ser llenos

de Él y para conocer la vida de Él como nuestra propia vida. Pero la única manera en que ustedes y yo podemos entrar en Él y conocerlo como nuestra propia vida, es al rechazar y quitar lo que llamamos nuestra vida; el juicio de Egipto en el Cordero es el amor de Dios. La comprensión de lo que Dios rechaza, es el fundamento sobre el cual nosotros podemos entender y experimentar lo que Dios nos ha dado. ¡¡Esto es muy importante!!

El principio de la comprensión de todo lo que Dios nos ha dado en Cristo, comienza al entender todo lo que Dios ha rechazado, todo lo que Dios ha separado de Sí mismo. No podemos conocer la vida de Dios, el amor de Dios o el crecimiento de Dios, hasta que empecemos a ver el gran juicio del hombre natural. Es importante que veamos lo que Dios aborrece, para que nosotros lo aborrezcamos también.

No tiene ninguna importancia que nosotros digamos que queremos que Cristo sea revelado en nosotros, si no estamos dispuestos a experimentar lo que eso significa; pero si estamos dispuestos, Dios nos lo va a mostrar porque ese es Su deseo. El problema nunca ha estado del lado de Dios. No sé cómo hacer para que esto suene bonito, ni tampoco cómo endulzarlo, pero el fundamento del conocimiento de Dios es el entendimiento de lo que Dios ha rechazado.

¿Qué tiene que ver esto con el orden de la salvación? Bueno, hay un orden para nuestro entendimiento, y ese orden es: Primero el juicio, primero la muerte. Si Pablo y Timoteo hubieran venido a Costa Rica a abrir una escuela de Cristo, habrían exigido un curso como pre-requisito para todos las demás, y ese curso habría sido: La muerte, el juicio. Si ese curso se perdía, no se podía seguir con el siguiente, se tenía que llevar una y otra vez hasta pasarlo, hasta que fuera real en el corazón. ¿Por qué? Porque el fundamento de todo lo que Dios muestra en el desierto y que causa una expresión en la tierra prometida, empieza en la muerte de la puerta con sangre en ella; así lo hace en nosotros.

Conocer a Cristo inicia al darnos cuenta de lo que no es Cristo. Lo podríamos decir de esta manera: Aprender a Cristo comienza con el entendimiento dado por el Espíritu de lo que no somos; sobre este fundamento Dios puede agregar verdad. Y entonces esa verdad que Dios agrega, se convierte en el incremento de Cristo, no en el de nosotros, ni en el de nuestra sabiduría, o teología o buenas obras para Jesús.

El juicio viene primero, luego el entendimiento y luego la glorificación o manifestación. Otra manera es: La muerte viene primero, luego el cielo y luego la tierra; este es el orden. La iglesia tiene este orden totalmente al revés, la iglesia dice que es primero la tierra, luego la muerte y de último el cielo. Esto suena extraño, pero ese no es el orden. En todos los tipos y sombras y en cada una de las cartas del Nuevo Testamento, vamos a ver este orden: muerte, cielo, tierra. Nunca vamos a encontrar un versículo en la Biblia que hable de nosotros como hombres terrenales esperando ir al cielo, o que cuando muramos vamos ir al cielo. Yo sé que esta es la idea más común del mundo, pero no la va a encontrar en la Biblia porque no es verdad.

El orden con el que Dios trata nuestra alma cuando nacemos de nuevo es primero que nada, mostrándonos que estamos muertos. ¡Y esas son buenas noticias!

“Hemos sido crucificados juntamente con Cristo”, “hemos sido bautizado en Su muerte”, “en nuestra carne no mora el bien”, “aparte de Él no podemos hacer nada”, “no hay justo, ni aun uno...” Todos estos versículos empiezan a tener vida para nosotros, y conforme vemos al Hijo nos vamos tornando conscientes de que para poder participar de Él, tuvimos que ser bautizados en Su muerte y sepultados con Él. ¡Eso es maravilloso! ¡Suena horrible, pero es maravilloso!

La muerte es lo primero que vemos, y cuando entendemos el juicio y estamos de acuerdo con él, amamos el juicio, porque Dios nos dio una muerte que no podíamos morir, para poder experimentar una vida que no podíamos vivir. ¡Qué gran regalo es este! ¡Qué se le haya dado muerte o final a una situación que no tenía esperanza!

Lo siguiente que vamos a ver del otro lado de la muerte es el cielo. El cielo no es un lugar físico adonde iremos cuando nuestros cuerpos físicos mueran, el cielo es una Persona, un ámbito, una relación, un reino en el cual entramos después de la muerte de la cruz, no de la muerte física. ¡Por qué será que hacemos tanta cosa de la muerte de nuestro cuerpo! La Biblia no lo hace. La muerte que es importante, que nos traslada al otro lado y que obra en nosotros, es la muerte de la cruz. Nosotros hacemos un gran asunto de la muerte del cuerpo físico, porque amamos este cuerpo y amamos el mundo en el que vivimos, y la única transición que podemos imaginar, es una transición natural de un lugar a otro.

¿Qué dice Efesios? “A pesar de que ustedes estaban muertos en delitos y pecados, Él les dio vida juntamente con Él, los levantó juntamente con Él y los sentó juntamente con Él en los lugares celestiales”. Por tanto, el cielo no es algo que estamos esperando una vez que el cuerpo físico muera, el cielo es el reino, la vida, la Persona, la relación que tenemos con Cristo del otro lado de la cruz. Así, pues, el crecimiento espiritual es primero una consciencia de esta muerte, y luego una consciencia del cielo.

¿Qué significa que Cristo sea nuestra vida? ¿Qué significa que estemos muertos y que nuestra vida esté escondida con Cristo en Dios? Dios no está tratando de que hagamos cosas en la tierra camino al cielo, está tratando de mostrarnos el cielo, para que “el reino venga a la tierra, así como es en el cielo”. Ese es el orden, esa es la oración de Jesús, pero tenemos que ser seres celestiales para llegar a ser una manifestación de los cielos en la tierra. Tenemos que conocer una relación celestial para ser una expresión de ella en la tierra. Tenemos que despertar a una realidad celestial, para que esa realidad llegue a tocar alguna vez la tierra.

El juicio comienza a establecerse como un hecho espiritual, y el cielo se convierte en el ámbito, la Persona y el reino que empieza a cambiar nuestra alma por la revelación de Cristo, por la revelación de dónde estamos, de quiénes somos, de qué es real y qué ya no lo es. Primero tiene un efecto en nosotros, empieza a conformarnos a Él, y entonces la realidad de los cielos puede tocar la tierra a través de nuestra alma transformada y a través del hilo que es nuestro cuerpo.

Una pregunta del grupo: ¿Cuál es la muerte que no podíamos morir?

Sí, nosotros nacemos muertos, así que, en un sentido no necesitamos morir puesto que ya estamos muertos, pero la cruz nos hace morir a la muerte. Ustedes y yo nacimos muertos y no podemos escapar de eso, no hay salida, no hay forma de que podamos morir a esa muerte en la que nacimos. ¡¡Estamos atrapados!! Por lo tanto, Alguien tiene que venir y hacer que experimentemos otro tipo de muerte, una muerte que tiene resurrección al otro lado. Aún si muriéramos cien veces la muerte natural y la ciencia nos resucitara todas las veces, no habría habido ninguna transición. ¿Por qué? Porque la única transición es la muerte de Cristo, la muerte que lleva a muerte, la muerte.

Todos estábamos muertos **en** delitos y pecados, pero la cruz nos hace muertos **a** los delitos y pecados y vivos para Dios en Cristo. Digamos que hay un hombre en la azotea de un edificio, que el edificio se está incendiando y que hay humo por todo lado. Digamos que hay paredes al lado del edificio y que el hombre está atrapado; él está viviendo el infierno mismo. El edificio está ardiendo a 200° de temperatura y está lleno de humo, y él no puede escapar de esa situación. El hombre quiere morir, quiere saltar, quiere darle final a su situación, pero está atrapado porque no puede saltar por las paredes que lo rodean, no hay manera de salir de esa muerte viviente.

Entonces Jesús viene y le dice al hombre: "Tengo una solución para usted", a lo que el hombre le responde: "¡Ahh, qué bueno, basta traer un helicóptero!" Pero Jesús le dice: "No, esa no es la solución". Entonces Jesús lo abraza, brinca del edificio y los dos terminan en el piso muertos. Jesús le dio al hombre una muerte que él no podía morir, para que Jesús pudiera ser levantado de los muertos, ver al muerto y decirle: "Yo soy la resurrección y la vida. Si usted quiere vivir, Yo seré su vida y su resurrección". Así Él nos dio una muerte que nosotros no podíamos morir.